
Editorial

Un año después

LA TARDE DEL JUEVES, 30 de mayo de 1996, presentamos en sociedad el primer número del *Boletín* de la UEB. El lugar de presentación fue un espacio de lujo: la sala Mirador, en lo alto y abuhardillado del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Y organizamos para la ocasión una mesa redonda en la que participaron Carlos Castilla del Pino, Antonio Martínez Sarrión y Arcadi Espada. El tema del coloquio, "Literatura y memoria: una frontera de papel", se decantó de inmediato. Si la memoria es el fundamento de toda identidad continua y en ella se sustenta buena parte tanto de la vida individual como de la colectiva, en la escritura autobiográfica es de suponer que esa memoria tiene una responsabilidad mayor. En la medida en que rige su estructura y configuración, no sólo obscura e implícitamente sino de una forma precisa, cubriendo el pasado de nombres, anécdotas, luces y colores. ¿Cuál es, sin embargo, la responsabilidad del memorialista a la hora de escribir sobre sí mismo? ¿Cuál debe ser su objetivo, decir su modesta verdad o hacer literatura? ¿Acaso son incompatibles? Ésas eran las preguntas que iban formulándose.

La pervivencia de la narratividad y sus consecuencias en la autobiografía es una cuestión ampliamente tratada —véase de Paul John Eakin, *En contacto con el mundo. Autobiografía y realidad* (1992), Megazul, 1994—. No tanto sin embargo como el tema reclama, sostenía Arcadi Espada. Lo cierto es que desde un punto de vista académico la falta de acuerdo sobre el posible compromiso ético de un texto autobiográfico impide, por el momento, disponer de un contexto metodológico apropiado para el análisis. La verdad es un ejercicio en el cual a veces se fracasa, pero, mantenía Espada, si resulta una exigencia del ser humano (como la de ser bueno o respetar al prójimo), en un autobiógrafo no puede soslayarse mediante el subterfugio de una imposibilidad real. Para Carlos Castilla esa consideración de Espada debía conciliarse con el hecho de que la verdad humana tiene que ver con el punto de vista adoptado: dado que lo recordado no son datos sino situaciones en las que el sujeto se ha visto involucrado —"nosotros nos recordamos a nosotros mismos actuando en determinado contexto"—, la perspectiva del memorialista supone la adopción de un lugar privilegiado desde el cual lo recordado se vive en función del sujeto que recuerda y que se hizo precisa-

mente en aquella situación. "Hay que tener un cierto respeto por el mundo de la mentira, de las muchas mentiras", reclamó el psiquiatra Mariano de la Cruz, también presente. Mientras que Antonio Martínez Sarrión evocaba su rígida educación familiar en cuanto a decir la verdad, siempre y por encima de las consecuencias que pudieran derivarse, como un factor determinante en la escritura de sus propias memorias.

Ha pasado un año. Y en este tiempo la UEB ha crecido gracias a la ayuda de mucha gente que de una forma u otra ha querido implicarse en este proyecto común de estudiar el patrimonio memorialístico.

Se han recibido libros. Algunos nos han impresionado por el imperativo existencial al que sus autores parecen dar respuesta: pienso en *El pan de los vencidos*, de Manuel Moral (Barcarola, 1991), un testimonio conmovedor de la vida española de los años 40 según la recuerda el narrador, hijo de un dirigente republicano, después encarcelado. Por otras razones, más personales, la lectura del diario de José Fernández Arroyo, *Edelgard* (Diputación de Ciudad Real, 1991) resulta apasionante; describe la desorientación vital de un adolescente (de 1948 a 1953) a través de una correspondencia sentimental con una chica alemana a la que el joven Fernández Arroyo sólo conoce por carta. Y otros vienen a sumarse al decidido rescate de nuestra historia colectiva: es el caso de las interesantes *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)*, (Pòrtic, 1995), de Carles Fontserè, que nos da ocasión de constatar, una vez más, el compromiso de algunos artistas con su tiempo.

Ha sido, por otra parte, un año magnífico para el memorialismo español, cada vez más vigoroso y audaz en sus planteamientos. Algunos de los libros publicados recientemente confirman, si fuera necesario, el valor de la autobiografía como una fuente indispensable y autorizada para la comprensión biográfica y que ya postulábamos en el editorial anterior: el *Autorretrato sin retoques*, de Jesús Pardo (Anagrama, 1996); *Una juventud*, de Antonio Martínez Sarrión (Alfaguara, 1997); *Pretérito imperfecto*, de Carlos Castilla del Pino (Tusquets, 1997) son tres claros ejemplos de su importancia para el conocimiento de las circunstancias públicas y privadas de la vida española en lo que va de siglo. Hemos querido que, de una forma u otra, los tres tuvieran acogida en las páginas que siguen: mediante una larga y relajada entrevista con Jesús Pardo; con el envío de

una especie de cuestionario al poeta y memorialista Antonio Martínez Sarrión; y la inclusión, a punto ya del cierre del número, de un texto escrito por quien firma estas páginas a propósito de la presentación de *Pretérito imperfecto*, reciente ganador del Premio Comillas de autobiografía y memorias. A todos ellos damos las gracias desde aquí, pues sin su colaboración el diálogo que este *Boletín* se propone mantener entre autores, críticos y lectores no sería posible. A Carlos Castilla del Pino debemos también agradecerle que nos haya permitido la publicación de algunos fragmentos de sus diarios, inéditos hasta el momento.

Pero los libros editados han sido, lógicamente, muchos más. Imposible mencionarlos todos, citemos, sin embargo, algunos. En lengua catalana: *Dememoria. Autobiografía (1924-1994)* (Edicions 62, 1996), del periodista y poeta Llorenç Gomis. O bien las densas páginas que contienen la reedición de las memorias del cirujano Josep Trueta (Edicions 62, 1997). O la reedición revisada de los diarios de Feliu Formosa (1973-1978): *El present vulnerable* (Edicions de la Magrana, 1997). O el curioso ejercicio de coproducción literaria llevado a cabo por Enric Vila Casas y Paco Candel: el resultado es un magnífico libro, *Memòries d'un burgès y d'un proletari* (Columna, 1996), que permite contrastar dos experiencias paralelas ubicadas, sin embargo, en unas mismas coordenadas: la Barcelona de 1924/25 a 1981.

De mención obligada es la esperada reedición de las memorias de Baroja: *Desde la última vuelta del camino*, llevada a cabo por Círculo de Lectores (en dos volúmenes) y que trataremos en el próximo número. Con ellas se inaugura la edición de las *Obras Completas* de Pío Baroja dirigida por el profesor José-Carlos Mainer. Por último, creo que vale la pena resaltar los logros de una crónica personal que hace algo más que rozar la autobiografía. Me refiero al libro *Contra Catalunya* (Flor del viento, 1997) del periodista, y colaborador de la UEB, Arcadi Espada. Al margen de la provocación del título, el autor lleva a cabo un insólito ejercicio de reflexión, como es el de ajustar cuentas con los recuerdos propios y las conductas y opiniones ajenas. Es un libro demolidor, vibrante y muy inteligente que pone a prueba las posibilidades de escribir desde la disidencia: "¿Por qué escribo así, por qué voy a escribir así de alguna gente? ¿Por qué no hago como esos elegantes memorialistas de pluma cana que ven el mundo y las debilidades del mundo desde la atalaya de una tolerancia infinita— así

lo dicen las reseñas— y que pasarían sobre el recuerdo (...) con un silencio ni siquiera elocuente, sólo despectivo, privadamente despectivo, con ese impagable onanismo del desprecio? (...) Yo escribo sobre los días. Al borde de los días”.

Y, en efecto, no es difícil apreciar en su libro una naturaleza original, diferente, y una posición muy razonada contra cierto nacionalismo dominante

En cuanto a la labor crítica y de investigación, el tiempo transcurrido no ha sido menos generoso y no creo que sea ocioso mencionarla. Citemos en primer lugar un libro, fruto de una tesis de licenciatura, llevado a cabo con el mayor rigor y exhaustividad: el *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)* (Ollero & Ramos, Editores, 1997), inventario sistemático de todos los textos autobiográficos publicados a lo largo de los siglos XVIII y XIX (véase descripción en la addenda al artículo de Philippe Lejeune) y que ya es un punto de referencia en los estudios sobre el género. Con otra ambición, subrayemos la importancia del número que la *Revista de Occidente* dedicó al diario íntimo (véase la reseña del mismo más adelante) y que, coordinado por Laura Freixas, sin duda contribuyó a la necesaria revisión de los escasísimos estudios sobre el diarismo en España. Precisamente, sobre la intensidad del fenómeno reflexiona Jordi Gracia en su artículo “El paisaje interior”. Gracia esboza el perfil del diarista español más frecuente en nuestras letras actuales y establece las conexiones necesarias para lanzar una fecunda hipótesis de trabajo: el diarismo como género capaz de ajustarse a las expectativas del escritor profesional. De otra parte, la biografía como género está recuperando lentamente el espacio legítimo que le corresponde y que Ortega y Gasset exigía ya en 1927. Lo cierto es que las figuras de Picasso, Galdós (excelente estudio de Pedro Ortiz-Armengol), Cambó, Josep Pla —sobre el cual es necesario mencionar el estudio indispensable de *Xavier Pla: Ficción autobiográfica y veritat literària* (Quaderns Crema, 1997)— Viçens Vives y José Bergamín, entre otros, han sido recientemente objeto de un mejor conocimiento.

En cuanto al contenido de este número, ya he avanzado algunos aspectos. En las Páginas autobiográficas ofrecemos fragmentos de los diarios de Eduardo Haro Ibars, cedidos a la UEB por uno de sus amigos,

Iván Llanes. Marta Pesarro dona nos ha ofrecido una cata de la *Autobiografía* de Doris Lessing, que muy pronto publicará Edicions 62, y que le agradecemos. Virgilio Ferreira, Carranque de Ríos, una carta dirigida a Pérez Galdós...

Los trabajos de Philippe Lejeune, Blas Matamoro, Francesc Espinet, Jordi Gracia y Manuel Alberca, responden, de nuevo, a la libertad metodológica y la pluridiscipliniedad con que se aborda desde la UEB el estudio de memorias, autobiografías y diarios. Común a todos, se advierte una preocupación genuina por abordar el estudio de la autobiografía con enfoques renovadores y creo que complementarios. La posición de Philippe Lejeune es radical: la historia de la escritura autobiográfica se conoce poco y, por tanto, cualquier conclusión que quiera extraerse resultará arriesgada por el momento, es decir, mientras persista un conocimiento insuficiente de la materia. Su magnífico análisis de los inventarios disponibles en Europa es, entre otras cosas, una abierta invitación a paliar esta insuficiencia. También Francesc Espinet está contribuyendo a la recuperación de la autobiografía mediante la confección y catalogación de un corpus de historias de vida (513 relatos) cuyas posibilidades de estudio quedan apenas esbozadas en las páginas que siguen. El trabajo de Manuel Alberca acerca de la práctica del diario íntimo entre la población escolar (en Málaga, 1995-96) responde a un esfuerzo de aproximación a las condiciones reales de esta escritura, a menudo intransitiva. A su defensa de la dignidad de los diaristas, y a los estimulantes datos obtenidos a través de la encuesta efectuada, Alberca invita a todos los diaristas a liberarse de esa intransitividad y proporcionarles información sobre sus hábitos de escritura. (¿Se animan?)

Por último la UEB da las gracias a muchas personas. Al maestro Philippe Lejeune, por su tutelaje y su apoyo incondicional; a Andrés Soria, Manuel Alberca, Amparo Hurtado (excelente traductora) y Francesc Espinet, sólidos puntales de la UEB. A Cristóbal Pera y Ricardo Fernández por su artesanal esfuerzo en la edición, diseño y maquetación del *Boletín*. A Adela Mejías por su revisión final del texto y, en fin, a todos los amigos que de un modo u otro nos han apoyado. La verdad es que eso ayuda a combatir esporádicos cansancios.

Anna Caballé